Investigación

GénEroos
Volumen 2/número 3/marzo-agosto de 2024/ pp. 88-118
eISSN 2992-7862
DOI: RevGenEr.2024.3.03
CC BY-NC-SA 4.0

"Si mañana soy yo, si mañana no vuelvo, destrúyelo todo". Emociones y género en mujeres activistas en México

"If tomorrow it's me, if tomorrow I don't come back, destroy it all". Emotions and gender in women's mexican collectives

Tommaso Gravante ORCID: 0000-0003-1168-931X
Alice Poma ORCID: 0000-0001-8755-6893
Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México

Recepción: 15/03/23
Aprobación: 11/01/24

Resumen

El objetivo del artículo es analizar cómo las emociones de las mujeres activistas mexicanas son construidas, tanto por el género como por el contexto sociocultural. La teoría de la acción aplicada en esta investigación se basa en entender las emociones como construcciones socioculturales (Hochschild, 1979, 1983) y en aplicar diferentes tipologías que resultan útiles a la hora de analizarlas, y que llegan a sentir (Jasper, 2018). A lo largo del texto,

Abstract

The aim of the article is to analyze how Mexican women activists' emotions are constructed by gender and sociocultural context. The theory of action applied in this paper is based on understanding emotions as sociocultural constructs (Hochschild, 1979, 1983) and on applying different typologies that have proven very useful when analyzing the various emotions that activists come to feel (Jasper, 2018). Along the article, we will discuss

discutiremos cómo las activistas mexicanas dan forma a sus emociones morales, como el miedo, el dolor y la ira, y algunas estrategias de trabajo utilizadas para manejarlas, así como la forma en que interactúan con compromisos afectivos, como el amor, la hermandad y la confianza. Concluiremos discutiendo algunos patrones en el cambio de la cultura emocional de la nueva generación de las activistas que están rompiendo reglas del sentir de género.

Palabras clave
Emociones, reglas del sentir, trabajo emocional, activismo feminista, cultura emocional.

how Mexican female activists shape their moral emotion, such as fear, pain and anger, and some emotion work strategies used by women activists to manage these emotions; showing how these emotions interact with affective commitments, such as love, sisterhood, and trust. We will conclude discussing some patterns we are observing in the change in the emotional culture of the new generation of activists which are breaking some gender feeling rule.

Keywords
Emotions, feeling rules, emotion work, feminist activism, emotional culture.

Introducción

En el estudio de los movimientos sociales, a partir de los años noventa del siglo XX, se ha desarrollado una corriente que incorpora el análisis de la dimensión emocional en las experiencias de protestas, la cual se consolida con los años debido al trabajo de varios investigadores. Esta línea de investigación en el campo de estudio de los movimientos sociales ha vuelto a poner al centro del análisis a los sujetos y sus acciones (Jasper, 1997, 2018; Taylor, 2010), complementando las perspectivas estructurales, y no sólo reconocer la importancia de las emociones en la protesta, sino —y, sobre todo— identificar las más relevantes y sus implicaciones en cada proceso que acompaña la protesta (véase Poma y Gravante, 2017a). Como escribe Jasper (2018, p. 9): "Los estudiosos de los movimientos sociales han reconocido las emociones emparejando la palabra con términos familiares, pero debemos ir más allá especificando las emociones concretas que operan en todos estos".

Una importante aplicación de este enfoque es analizar la relación entre emociones, género y políticas en colectivos de mujeres o feministas (Taylor, 1989, 1996, 1999; Taylor y Whittier, 1992, 1995; Taylor y Rupp, 1993, 2002; Taylor y Leitz, 2010; Reger, 2004, 2007, 2018; Whittier, 2021; Poma y Gravante, 2016a, 2017b, 2019; Gravante y Poma, 2017),

o donde las mujeres juegan un papel importante, como el movimiento LGBTTTIQ+ (Gould, 2009), los movimientos de víctimas (Whittier, 2001, 2018; Bayard De Volo, 2006; Gravante, 2018, 2020; Gravante y Poma, 2016, 2019), los conflictos socioambientales (Krauss, 1993; Gravante y Poma, 2015; 2018; Poma y Gravante, 2015, 2016b, 2016c, 2017c; Poma, 2017) o la actual ola del activismo climático donde las mujeres superan, en gran medida, a los hombres entre los participantes (Gravante y Poma 2020; Poma y Gravante, 2021).

Estas investigaciones se han apoyado en la propuesta teórica de Hochschild (1975, 1979, 1983), quien considera a las emociones como una construcción sociocultural y, por lo tanto, cambiante en función del contexto social y de la temporalidad histórica, superando de esta forma la visión organicista y universal. Por ello, aunque encontramos algunos patrones de género en los resultados de las investigaciones sobre el tema en diferentes países, al cambiar el contexto sociocultural cambia también el proceso de construcción de las emociones; por ejemplo, la construcción del miedo, la apropiación de la rabia, la superación de la vergüenza en las mujeres activistas puede cambiar si nos situamos en EE. UU., Europa, México, India, China u otro país.

A ello se suma que, como mostró Hochschild (1979), todos los sistemas sociales se caracterizan por una serie de normas o reglas estructurales de disciplina social, jurídica y económica, pero también por una serie de reglas del sentir —*feeling rules*— necesarias para consolidar el mismo sistema. Estas reglas, según la autora, siguen diversos patrones, como el de clase social, jerarquía y género, y también cambian dependiendo del contexto cultural en el que viven las personas.

El objetivo del presente artículo es mostrar la construcción de las emociones por parte de mujeres activistas en México; aunque algunos de los procesos analizados en este texto ya fueron estudiados por autoras como Taylor, (1996), Witthier, (2001), Reger, (2004) y la misma Hochschild (1979), consideramos relevante su comprensión en el contexto del feminismo mexicano, el cual, además, está viviendo un proceso de radicalización, como ocurre en otros países latinoamericanos (Ventura, 2022; Muñoz-Saavedra, 2019; Rovira, 2018).

Se basa en la experiencia de investigación de una década con colectivos en México, cuyas protagonistas han sido las mujeres y, para analizar la dimensión emocional de estas experiencias, mostramos cómo se construyen algunas, por ejemplo las consideradas morales, como el miedo, la vergüenza, el duelo, la tristeza, la rabia y el ultraje, entre otras (Jasper, 1998, 2011, 2018), en función del contexto sociocultural mexicano y algunas estrategias de trabajo (Hochschild, 1979, 1983) que las activistas han desarrollado para manejar sus emociones incómodas o desafiar las reglas del sentir dominante. Al analizarlas, mostraremos cómo éstas interactúan con los vínculos afectivos —amor, amistad, respeto y sororidad— que caracterizan al feminismo mexicano (Larios, 2021, 2023). Antes de presentar la discusión de los resultados introduciremos las herramientas teóricas utilizadas, presentaremos brevemente el diseño metodológico que ha caracterizado estas investigaciones y contextualizaremos la cultura machista mexicana y sus reglas del sentir dominantes.

Resultados

Emociones, reglas del sentir y trabajo emocional: la propuesta de Hochschild

La propuesta teórica de Hochschild (1975, 1979, 1983) se fundamenta en el hecho de que las emociones son una construcción sociocultural y, por lo tanto, cambiante en función del contexto social y de la temporalidad histórica, superando de esta forma la visión organicista y universal.

Esta propuesta resultó importante desde un enfoque sociológico: primero, se diferencia de la visión psicológica que considera las emociones como estados internos individuales y biológicos; segundo, el individuo es un ser consciente y activo con relación a sus emociones, a diferencia de Freud, para Hochschild la dimensión consciente del sentir humano es central para comprender sus acciones e interacciones; tercero, a diferencia de Goffman, las personas no solamente son capaces de tener una actuación superficial —y manifestar de esta manera los sentimientos más oportunos y acordes con la situación—, sino que, además, pueden llevar a cabo una actuación profunda de sus propios sentimientos; es decir, cada persona puede evocar, manejar o encauzar una determinada emoción para adecuarse o desafiar

las reglas del sentir de su propia sociedad y rompe con el dualismo entre emoción y cognición, considerando que en todo proceso cognitivo está involucrada la dimensión emocional y viceversa, es decir, cada quien piensa en sus emociones y siente con base en sus pensamientos.

Dos de los conceptos centrales en la propuesta teórica de Hochschild son el manejo emocional y las reglas del sentir. El punto de partida es que nuestros sentimientos no siempre están en armonía con las expectativas sociales y culturales sobre lo que es correcto y cómo expresarlo. Por lo mismo, a veces podemos avergonzarnos de un sentir *equivocado* o moralmente inaceptable, como la envidia hacia el éxito de una persona querida, o nos pueden decir que estamos exagerando en la expresión de una emoción, o que no tenemos derecho a sentirla. Para acotar este desfase, en la vida cotidiana cada quien realiza lo que Hochschild (1979, 1983) llama manejo emocional; es decir, la capacidad de reflexionar sobre las emociones y transformarlas a través de un proceso de canalización, evocación o supresión. Este manejo reviste un papel importante en los movimientos sociales, en cuanto a que permite manejar sentimientos como el miedo (Goodwin y Pfaff, 2001; Flam, 1998; Poma y Gravante, 2018) y transformarlo en rabia (Jasper, 1997), la vergüenza en orgullo (Gould, 2009; Groves 1997), el dolor en rabia y la rabia en dolor (Summers-Effler, 2010), o la canalización de la rabia en empoderamiento (Reger, 2004).

El concepto de regla del sentir ha sido aplicado no solamente en la sociología de las emociones, sino también en la sociología y psicología del trabajo, de la salud y en el estudio del cuidado, así como de los movimientos sociales (Groves, 1997; Jasper, 1997; Reger, 2004; Flam, 2005; Gould, 2009; Summers-Effler, 2010; Gravante y Poma, 2018). Las reglas del sentir nos indican qué emoción es apropiada para cada situación, cómo expresarla, cuándo, hacia quién y con qué intensidad (Hochschild, 1975), lo cual claramente depende del contexto social, cultural e histórico; y abarcan todas las estructuras y dimensiones sociales, desde la vida cotidiana —por ejemplo, que en un funeral debemos sentir o por lo menos expresar duelo y tristeza; en una boda, alegría y júbilo; en Navidad, expresar bondad y compasión; etcétera—, hasta dimensiones políticas y sociales más amplias, como tener que mostrar admiración o

temor hacia las autoridades o personas que se encuentran en las clases sociales más altas, y en el caso de sociedades patriarcales las mujeres tienen que expresar temor y respeto hacia los hombres.

Claramente, las reglas del sentir se vinculan también a la ideología y las creencias políticas del sistema social, por ejemplo, en el sistema capitalista y neoliberal hay dos significativas: tener estima y respeto hacia los ganadores, los ricos, los famosos; y desprecio hacia los perdedores, los pobres, etcétera. Sirven para legitimar y fortalecer el actual sistema social, y son definidas en este artículo como reglas del sentir dominantes.

La investigación de Hochschild (1975) evidenció, además, que las reglas del sentir dominantes siguen también patrones de género, dependiendo del contexto cultural en el que viven las personas. Por lo tanto, en sociedades con una cultura patriarcal y machista, como México, es fácil encontrarlas, tanto para hombres como para mujeres. En el cuadro 1 se presentan algunos ejemplos, según los patrones de género que podemos encontrar en la sociedad mexicana.

Cuadro 1
Ejemplos de reglas del sentir según los patrones de género

Emociones en las mujeres		Emociones en los hombres	
Apropiadas	Sancionadas	Apropiadas	Sancionadas
Compasión	Rabia	Rabia	Dolor
Tristeza	Ultraje	Indignación	Miedo
Dolor	Orgullo	Orgullo	Compasión
Ansiedad	Indignación	Duelo	Ansiedad
Miedo	Odio	Ultraje	Vergüenza

Fuente: Elaboración de los autores.

Cuando una persona expresa públicamente una emoción que socialmente se considera inadecuada al contexto, por quién es o por cómo la manifiesta, puede ser sancionada; por ejemplo, con un reproche verbal o una llamada de atención no verbal, hasta llegar a la burla, la exclusión social o la medicación, como ocurrió en el pasado en los casos de histeria diagnosticada a algunas mujeres. Estas sanciones también las viven activistas que reivindican emociones como la rabia, el orgullo o la indig-

nación y que, por lo mismo, son tachadas por cierto sector de la sociedad como brujas, histéricas, locas, lesbianas bigotudas o feminazis. A pesar de ello, una de las estrategias de los movimientos sociales contemporáneos, a partir del movimiento feminista, es desafiar las reglas del sentir dominantes. En la misma línea, Flam (2005) propuso los conceptos de emociones cementadoras (*cementing emotions*), como el miedo o la lealtad, que fortalecen el sistema de dominación y que son contrarrestadas por emociones contrasubversivas (*contrasubversive emotions*), como el odio o la rabia que se generan en los movimientos sociales para debilitar el sistema de dominación.

Por todo lo anterior, consideramos que el desafío de las reglas del sentir dominantes y la emergencia de otras nuevas, que podemos definir contrahegemónicas, representan procesos políticos extremamente importantes que convendría analizar para comprender los cambios culturales que se dan, tanto fuera como dentro cada movimiento social.

Las emociones como variables de análisis en la protesta: la propuesta de Jasper

En el campo de estudio de los movimientos sociales, James M. Jasper desarrolló una teoría que pone al centro del análisis al sujeto y a la cultura —comprende emoción, cognición y moral—, y ofrece un marco analítico que permite superar no sólo la visión fisiológica de las emociones, sino también los límites de los enfoques culturales que reducen los significados que los seres humanos construyen a partir de su experiencia a esquemas cognitivos, narrativos, ideológicos y de interpretación.

Aunque el autor desarrolla su teoría para comprender múltiples dimensiones de la protesta, entre las cuales destaca la dimensión estratégica (Jasper, 2006), nos centramos en la categorización analítica de las emociones seguidas durante más de dos décadas (Jasper, 1998, 2018), permitiendo a muchos investigadores sistematizar las identificadas en los diversos casos de estudio. Esta categorización demuestra ser útil para comprender los múltiples efectos que pueden llegar a sentir las y los activistas, superando el límite de trabajar con una categoría única y homogénea.

Proponer características con las cuales distinguir diferentes sentires permite también superar el límite que representan las etiquetas

emocionales; es decir, aquellas palabras para nombrar lo que sentimos. Como afirma también la psicóloga constructivista Feldman (2017), las personas construimos *casos de emoción* que cambian con el contexto y que podemos nombrar con la misma palabra, por ejemplo, *rabia*, aun siendo sentimientos diferentes. Las categorías de Jasper permiten superar los límites de lo que Feldman define como el analfabetismo emocional, que se manifiesta en la dificultad que tenemos para expresarlo con palabras. Gracias a la aportación de Jasper, el análisis de la dimensión emocional en el estudio de los movimientos sociales ha podido desarrollarse adquiriendo mayor rigurosidad a la hora de comprender qué siente el sujeto, hacia quién o en qué contexto, y qué impacto tiene en la acción política.

Las cinco tipologías que Jasper (2018) propone para su análisis en la protesta son: impulsos, emociones reflejo, estados de ánimo, vínculos afectivos y emociones morales. Estas tipologías se diferencian por: 1) *el grado de procesamiento cognitivo*, mayor en las emociones morales, como la rabia moral, el ultraje, el orgullo, la vergüenza o la indignación; 2) *la duración*, las emociones reflejo son más rápidas, mientras que las morales o los compromisos afectivos necesitan tiempo para construirse y cambiar; 3) *ser o no dirigidas a un objeto*, como son los estados de ánimo, la esperanza, la ansiedad, la depresión, etcétera, que resultan de la interpretación del contexto por parte del o la sujeto, y muchas veces no se pueden atribuir solamente a un evento o información.

Analizar la dimensión emocional de la protesta implica identificarlas no sólo a partir de sus etiquetas, sino también de sus características —podemos identificar una rabia reflejo o primaria, pero también una rabia moral o una tristeza reflejo como estado de ánimo—. Junto a ello, también se puede analizar cómo las diferentes categorías interactúan entre sí; por ejemplo, un estado de ánimo desagradable puede cambiar gracias a la interacción con personas hacia las cuales existen compromisos afectivos agradables. En este sentido, Poma y Gravante (2017c) muestran las emociones que fortalecen e interactúan con el compromiso afectivo hacia el territorio, en un caso de activismo socioambiental en México.

El análisis de la dimensión emocional de la protesta permite, bajo esta perspectiva, determinar que el rol principal en la acción política de

los movimientos sociales no son primarias —como se ha considerado durante siglos, asumiendo que las personas que participan en protestas compartían problemáticas de rabia, odio o frustración, las cuales reflejan problemas psicológicos—, sino las que tienen un alto grado de procesamiento cognitivo, como las emociones morales, que son de aprobación o desaprobación —incluyendo a nosotros mismos y nuestras acciones—, y que se basan en principios o intuiciones morales de larga duración y estrictamente entrelazadas con los valores y sus principios morales.

En este texto decidimos enfocarnos en las emociones duraderas: las morales, y a los compromisos afectivos, ya que consideramos que estas categorías permiten comprender la relación que hay con el género, en las mujeres activistas en México, y la construcción de una cultura contrahegemónica.

Estructura social y cultura emocional

En este último apartado del marco teórico introducimos el concepto de cultura emocional, definida como una dimensión o una parte del común de una sociedad, constituida por: a) un conjunto de rituales y creencias alrededor de las emociones y reglas del sentir dominantes (Hochschild, 1979, 1996); b) un régimen que favorece o prohíbe determinadas expresiones y reglas del sentir (González, 2012) en varios contextos sociales. Con la cultura emocional se puede apreciar cómo algunas son evaluadas como deseables o indeseables y cómo algunos vínculos sociales son priorizados respecto de otros (Hochschild, 1996; Gordon, 1990).

Por ejemplo, en la cultura patriarcal en México, la que respecta al amor romántico está acompañada por una serie de creencias, rituales, reglas del sentir y un régimen de sentimientos que involucra desde manifestaciones violentas de rabia e indignación hasta el feminicidio (Ramírez, 2005); en las mujeres destaca la culpa, la vergüenza, la resignación, la inferioridad y las creencias de posesión sobre la pareja (véase Ilouz, 2012). Además, la cultura mexicana es emocional, porque prioriza los vínculos entre los hombres (son ellos quienes sufren de amor) o con los hijos varones, y banaliza todo tipo de vínculo entre mujeres (Ramírez, 2020).

Como destacaremos en la parte conclusiva del texto, las activistas, además de promover el desafío de las reglas del sentir dominantes y las nuevas reglas del sentir, están también desafiando la cultura emocional machista mexicana y favoreciendo la emergencia de una nueva.

Método y datos

Los resultados del presente artículo se basan en investigación de los últimos diez años; desde 2013, investigamos el papel de las emociones en distintos procesos que caracterizan el activismo en México, como el proceso de movilización y organización, la formación de la identidad colectiva, el empoderamiento y el *burnout* o agotamiento.

El trabajo de sistematización realizado para este texto se centró en identificar algunos patrones de género en la construcción sociocultural de las emociones morales y los vínculos afectivos en mujeres pertenecientes a colectivos feministas, en defensa del territorio, de búsqueda de desaparecidos y en el reciente activismo climático. Estos patrones, que serán presentados a lo largo del análisis, nos permiten contribuir al objetivo de esclarecer la relación entre emociones, género y política.

Todas las investigaciones se fundamentan en un diseño metodológico cualitativo, las técnicas principales de recolección de datos fueron la entrevista cualitativa semiestructurada con corte narrativo, junto a la historia de vida episódica y los grupos focales. Sólo en las investigaciones sobre el activismo climático se utilizó la técnica de la encuesta en marchas y un seguimiento en las protestas por el clima en Ciudad de México.

Además de las entrevistas que proporcionan el material biográfico analizado, el diseño de investigación incluye la etnografía digital, el seguimiento y contacto con los grupos —algunos desde 2010, como en el caso del colectivo feminista de Oaxaca—, visitas informales durante las cuales pudimos asistir a sus actividades, participar en actividades lúdicas y políticas, y realizar talleres con los miembros de los grupos.

En cuanto al uso de diferentes técnicas de investigación y los datos que éstas nos pueden proporcionar, podemos aseverar que los miembros del colectivo se sintieron libres de expresar sus emociones durante las entrevistas, pero en los momentos colectivos surge una dificultad que

ellos mismos reconocen, como hablar de forma colectiva sobre el manejo del miedo a la represión o del agotamiento, por lo cual realizamos varios talleres con los grupos. Finalmente, si bien las entrevistas en profundidad son la técnica más adecuada para explorar el sentir individual y los procesos socioculturales de la acción política, los momentos colectivos —como los grupos focales y los talleres— son útiles para triangular la información que emerge de las entrevistas y ayuda a que surjan las reglas del sentir del grupo, así como para dialogar con las y los sujetos a propósito de los resultados.

El tipo de activismo analizado es principalmente urbano, desarrollado en las zonas metropolitanas de Ciudad de México, Oaxaca y Guadalajara. Algunas de las entrevistadas se caracterizan por vínculos familiares como hermanas, parejas, madre e hijo, y en algunos grupos las activistas conviven en la misma casa. Hay que contextualizar que en México es mucho más común, que en países europeos y en EE. UU., tener núcleos familiares enteros, muchas veces constituidos por generaciones de mujeres,[1] quienes participan en los colectivos, especialmente cuando hablamos de conflictos en defensa del territorio o contra la contaminación, donde una comunidad entera y sus familias se ven afectadas.

Las entrevistadas cubren todas las generaciones que van desde los veinte y pocos años hasta las que tienen más de setenta, el grado de escolaridad va desde la secundaria o equivalente hasta estudiantes de posgrado y doctoras ya tituladas. Entre las activistas hay estudiantes, maestras, amas de casa, trabajadoras informales, empleadas y jubiladas.

El análisis se desarrolla de las investigaciones centradas en las emociones de estas experiencias. En el cuadro 2 presentamos el tipo de activismo que hemos considerado para este texto, las publicaciones en que se han presentado los resultados y que son tomadas en consideración por el siguiente análisis.

1 Según datos del Instituto de Estadística y Geografía de México (INEGI, 2022), en México hay cuatro millones 180 mil hogares con padres ausentes; es decir, más del 40% de los hogares mexicanos.

Cuadro 2
Tipo de activismos y resultados de investigación tomados para el análisis

Activismo feminista	Poma y Gravante, 2017c, 2019 Gravante y Poma, 2017
Activismo socioambiental	Poma y Gravante, 2015, 2016a, 2016b, 2016c, 2017b, 2018 Gravante y Poma, 2015, 2018 Poma, 2017, 2019
Activismo de desaparecidos	Gravante y Poma, 2016, 2019 Gravante, 2018 Gravante, 2020
Activismo climático	Gravante y Poma, 2020 Poma y Gravante, 2021

Fuente: Elaboración de los autores.

El contexto social mexicano

Para comprender cómo se desarrolla la construcción de las emociones en las activistas es importante destacar algunos aspectos socioculturales ignorados por el lector extranjero. A pesar de los avances que ha tenido la sociedad mexicana por las luchas sociales, como el movimiento estudiantil, el zapatismo, el movimiento feminista y el LGBTTTIQ+, la cultura mexicana se caracteriza por ser patriarcal y machista, con fuerte conservadurismo, racismo, clasismo y determinismo religioso (Arteaga, 2010; Incháustegui, 2014; Martínez y Díaz del Ángel, 2021); dichos aspectos de una forma u otra son transversales en todas las clases sociales, instituciones y partidos políticos (Martínez y Díaz del Ángel, 2021).

Todo esto se manifiesta en la sociedad con una violencia estructural y cultural que abarca tanto las instituciones como la familia, las relaciones de pareja y con otros seres vivientes no humanos. Las principales víctimas de esta cultura son las mujeres, quienes todavía son cosificadas, consideradas objetos de propiedad, y cuyas vidas valen menos que las de los hombres. En 2021, a nivel nacional, más del 70% de las mujeres de quince años y más del 70.1% en general han experimentado al menos un episodio de violencia, que puede ser psicológica, económica, patrimonial, física, sexual o discriminación (INEGI, 2021). Ningún lugar es seguro

para las mujeres en México, más del 27% de mujeres sufrieron algún tipo de violencia en el lugar de trabajo, el 25% en una institución escolar y cuatro de cada diez antes de cumplir 15 años sufrieron algún tipo de violencia (emocional, física o sexual) en su propia familia (INEGI, 2020).

Claramente, el clasismo y racismo estructural de la sociedad mexicana hace que los datos se recrudezcan cuando hablamos de mujeres de las clases sociales baja y media, y peor aún de mujeres indígenas, muchas de las cuales no hablan el español, sino su propia lengua (INEGI, 2020); a esto se suma que cada día son asesinadas 11 mujeres, cifra de la cual apenas un 24% es investigado por feminicidio. La mayoría de las mujeres asesinadas casi siempre pertenecen a las clases sociales desfavorecidas, en cuanto están más sujetas a frecuentar ambientes potencialmente peligrosos para ellas, como el transporte público, las maquiladoras, etcétera, a diferencia de las mujeres de clase media-alta. En México otro tipo de violencia es la desaparición forzada. En los cuatro años de gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador han desaparecido en México más de 38 mil personas; es decir, en promedio 26 al día.

México ocupa el segundo lugar a nivel mundial en desapariciones, con más de 100 mil personas, secundando a Irak; el 24.7% de los casos nacionales corresponde a niñas y mujeres, desaparecidas y no localizadas (IMDHD, 2022). Se puede entender que la desaparición de mujeres y niñas en México es una expresión de la violencia feminicida y tiene graves repercusiones para la sociedad. Este escenario pone de manifiesto que México es un país donde ellas sufren cotidianamente cualquier tipo de violencia, o viven con el miedo a experimentarla; por lo tanto, el activismo femenino se podría insertar en una forma reconocida de participación democrática para hacer política, y de alto riesgo. La represión, las amenazas, el hostigamiento o el miedo a desaparecer puede provenir no solamente de los cuerpos represivos del Estado mexicano o de las organizaciones criminales y paramilitares, sino también por parte de gente común y corriente que no está conforme con los grupos de protesta y sus alternativas sociales.

Cuadro 3
Principales emociones morales y vínculos afectivos observados en los colectivos mexicanos de mujeres

Emociones morales	
Emociones	Dirección y objeto
Miedo Preocupación Ansiedad	A la violencia, tortura, violación y desaparición de ellas, sus compañeras o sus seres queridos A caminar por las calles de noche, en el transporte público, etcétera A los múltiples efectos de la crisis socioambiental y climática, en sus territorios, sus cuerpos y sus seres queridos A perder lo que aman: un territorio, una comunidad, un estilo de vida, un ser querido, su libertad o su salud
Dolor Tristeza	Por los desaparecidos Por las mujeres asesinadas Por la destrucción de los territorios
Rabia	Hacia las autoridades Hacia los hombres que abusan Hacia la policía Por ver limitada su libertad (de movimiento, de vestir, etcétera) Por ser consideradas personas de segunda categoría en el ambiente de trabajo, doméstico, escolar, etcétera
Ultraje Indignación	Hacia las autoridades que tendrían que enfrentar el problema de la violencia de género
Orgullo Felicidad Moral Satisfacción	Por los objetivos alcanzados Por estar luchando a pesar de todo Por no dejar solas a otras mujeres
Vínculos afectivos	
Emociones	Dirección y objeto
Amor Cariño Sororidad Admiración Confianza	Hacia ellas mismas Hacia otras mujeres Hacia la naturaleza Hacia el trabajo de otros movimientos y colectivas
Desconfianza	Hacia las autoridades Hacia los hombres (en general) Hacia grupos corporativos y partidistas de mujeres
Desprecio	Hacia los hombres que abusan

Fuente: Elaboración de los autores.

Análisis

La construcción de las emociones por parte de las mujeres activistas en México

Siguiendo el enfoque sociocultural para analizar las emociones en las experiencias de protesta, presentaremos los datos recabados con relación a género y política en activistas mexicanas.

El primer paso es identificar las más relevantes, que, como ya mencionamos, se organizan en dos categorías: emociones morales y compromisos afectivos. Sucesivamente, se muestra qué las genera o hacia quiénes son dirigidas, y qué efectos pueden tener en la movilización o en la experiencia de las activistas. Este trabajo permite superar los límites que se presentan al etiquetar las emociones, convirtiéndolas en objetos abstractos, descontextualizadas y desconectadas de quienes las sienten.

A continuación, presentamos la discusión de estos resultados para contextualizar cómo las activistas mexicanas construyen estas emociones, sus efectos en el activismo y las estrategias de manejo emocional para evitar los efectos incómodos.

"El miedo tiene que cambiar de bando"[2]

Respecto a las mujeres en México, el primer miedo que se observa es el que se genera al vivir en un país con once feminicidios diarios —la mayoría de los cuales quedan impunes—, junto con la posibilidad de ser violadas o desaparecidas. Este miedo se siente al hacer actividades cotidianas sin estar acompañadas, como caminar en la calle por la noche, correr en un parque, ir en transporte público, etcétera; y se construye sabiendo que la cultura machista considera el cuerpo de las mujeres como un objeto, propiedad de los hombres. Dicho miedo genera además preocupación y ansiedad, no sólo a lo que les puede pasar en primera persona, sino también a sus seres queridos, como hijas/hijos o compañeras.

Los compromisos afectivos, como el amor filial o las emociones recíprocas hacia las compañeras de un colectivo o movimiento, fortalecen el miedo moral, enmarcando la posibilidad de que le pase algo violento a

2 Los subtítulos de este apartado son lemas reivindicados por distintos grupos de base en México.

otra mujer, como una amenaza inaceptable y una injusticia. Este marco de interpretación permite comprender por qué el miedo a sufrir violencia o abuso, en el caso de las activistas mexicanas, no sólo no paraliza, sino que, además, ha radicalizado parte del movimiento feminista y moviliza a millones de mujeres en todo el país.

Con la intención de mostrar cómo interactúan las emociones reportamos, a modo de ejemplo, la experiencia de una estudiante[3] que, en plática informal, nos explicó cómo sintió miedo al encontrarse sola en un autobús en la noche y, simultáneamente, rabia moral porque consideraba injusto tener que sentir ese miedo. Además, también alimenta sentimiento hacia los hombres —percibidos en muchas ocasiones como posibles agresores o cómplices— de desconfianza o de desprecio hacia los abusadores, explica la difusión de la corriente del feminismo separatista, sobre todo entre las nuevas generaciones.

El movimiento y las colectivas feministas en México dedican energía a generar estrategias de manejo de este miedo, organizando cursos de autodefensa o difundiendo material de propaganda con lemas como "las calles y la noche también son nuestras" o "nos toca a nosotras, saquemos la rabia y perdamos el miedo".

A este miedo construido por la situación de violencia que viven las mujeres en México se suma el de la represión —por la posibilidad de ser asesinadas, desaparecidas, torturadas, etcétera— que sienten las activistas. A diferencia del de sufrir violencia, el miedo a la represión lo sienten tanto hombres como mujeres, aunque cabe destacar que los hombres no son propensos a manifestar las emociones de forma pública, mientras las mujeres tienen menos problemas a hacerlo y a compartirlas.

El miedo a la represión puede ser reflejo por una acción o evento de protesta, y debe ser manejado para no huir; también puede ser moral, cuando es construido cognitivamente a partir de la experiencia y las expectativas o cuando se asocia con la idea de que el sistema represivo del Estado es injusto y abusivo. El miedo a la represión genera vínculos

3 En el curso que impartimos en nuestra universidad sobre emociones y movimientos sociales es común que estudiantes den ejemplos de lo que sienten y cómo los construyen, como parte del proceso de aprendizaje.

afectivos, como la desconfianza o el desprecio, así como otras emociones morales, como la rabia hacia la policía. Es interesante observar, en este sentido, que en el movimiento feminista hay quienes respetan a las policías mujeres, por un sentimiento de sororidad, mientras que otros grupos o colectivos, normalmente las más radicales, las desprecian al igual que a los policías hombres. Esta diferencia ha generado fricciones en las diversas corrientes del movimiento, las cuales se entienden no sólo desde una mirada cognitiva, sino también analizando las emociones que se construyen hacia diferentes actores.

El miedo, por lo general, se analiza como una emoción desmovilizadora, y puede resultar acertado cuando es tan intenso (terror) que paraliza o que lo que está en juego sea fundamental, como la vida de un ser querido, por ejemplo; también paraliza cuando es asociado a otras emociones, como impotencia, desesperanza o resignación. Por lo mismo, las activistas feministas invierten energía en no dejar sola a ninguna persona, compañera o ser querido, y a cultivar la esperanza y evitar la resignación. Este manejo emocional se puede hacer de muchas maneras: cultivando las emociones recíprocas —haciendo de la sororidad una regla del sentir del movimiento y sancionando la envidia—, organizando convivios —comidas, fiestas— o involucrando a las nuevas generaciones en las actividades de las colectivas, partiendo de la idea de que la violencia se erradica a través de la educación y la transmisión de valores.

Como afirmaron algunas activistas feministas en la ciudad de Oaxaca, el miedo que paraliza es el "miedo al miedo", entonces hay que aprender a convivir con él, sin dejar que nos paralice. Asimismo, explicaron que una de las motivaciones principales para constituir el grupo de autodefensa fue superar el temor a salir solas a la calle, a ir al cine, en los antros, en los conciertos; es decir, el grupo emergió para evitar un terror paralizador que estaba limitando su libertad y amenazaba su estilo de vida.

El ejemplo anterior muestra que no siempre paraliza, como también hemos observado el miedo a perder lo que se ama, sea un bosque, un territorio o un estilo de vida (Poma, 2017; Poma y Gravante, 2016b). Una vez más, podemos mostrar que el miedo interactúa con los compromisos afectivos, ya que, por ejemplo, en los conflictos socioambientales

el apego que se construye con un lugar influye en la construcción del temor a perderlo.

El miedo se puede construir a partir de las experiencias de violencias vividas o de las expectativas que tienen las mujeres activistas, y se maneja a través de técnicas cognitivas, corporales y expresivas, como lo muestra Hochschild (1979).

Una de las técnicas cognitivas más difundidas en el activismo es el marco de injusticia (Gamson, 1992); es decir, cuando éste se construye alrededor del agravio sufrido, y enmarcar la violencia como una injusticia permite a las mujeres romper con la condición de víctimas, una condición que Feldman (2017) identifica como un patrón de género y que es asociado a la expresión del miedo, al punto de que cuando no es expresado en un juicio contra una mujer abusada y en su lugar ella expresa rabia, puede cambiar el resultado de la sentencia. El marco de injusticia permite, además, manejar otras emociones morales, como la canalización de la vergüenza en orgullo.

En la cultura conservadora mexicana, quien protesta es percibido como una persona antisocial, vaga, revoltosa o que por capricho quiere romper el *estatus quo*, sobre todo cuando quien protesta son personas de clases populares, minorías o mujeres. El estigma asociado con la protesta y la acción política es un factor que frena el proceso de movilización, sobre todo en las personas más jóvenes y en aquellas que tienen poca experiencia política. A esto se añade que, si la persona activista es mujer, el proceso de estigmatización y acoso aumenta gracias a la cultura patriarcal, lo cual ayuda a comprender por qué muchas mujeres activistas se han separado de sus compañeros o maridos, o tengan relaciones tensas con familiares y conocidos. Esto muestra, una vez más, cómo interactúan las emociones, ya que la expresión de una emoción moral, como el orgullo por ser parte de un movimiento, puede llegar a romper compromisos afectivos construidos previamente.

Para concluir, uno de los resultados de nuestras investigaciones es que el miedo nunca se supera. Las activistas entrevistadas nos comentaron más de una vez que éste se "conlleva"; es decir, aprendes a vivir con ello, y se maneja a través de prácticas colectivas de cuidado para evitar que

paralice. También pudimos mostrar cómo, a veces, genera rabia moral, cuando se considera injusto tener que sentirlo; esta rabia es dirigida hacia los responsables del agravio, que en el caso de las activistas mujeres es el sistema patriarcal quien lo legitima, como los hombres que abusan de mujeres o las autoridades que no actúan para enfrentar la violencia.

A continuación, trataremos otras emociones que se generan en el contexto de violencia estructural y cultural presentes en México: el dolor y la tristeza. Éstas también pueden ser reflejo o morales, según el contexto y, lamentablemente, se han convertido en un elemento constitutivo de muchos movimientos sociales, así como mostró Gould (2009) que pasó en la pandemia de sida de los años 1990 en EE. UU.

"Este dolor mueve rabia"

Los grupos de familiares que buscan a desaparecidos es de los movimientos sociales que más se caracterizan por el dolor y la tristeza. En los movimientos de víctimas, como comúnmente se definen, las mujeres pueden ser las que han sido desaparecidas o también las esposas, madres, hijas, hermanas, etcétera, de los desaparecidos. El dolor y la tristeza por la desaparición de un ser querido, al igual que el miedo, pueden volverse emociones movilizadoras, y tienen que ser manejadas para que no generen resignación, depresión o desesperación, entre otras.

Los estudios sobre movimientos de víctimas han demostrado que en muchas ocasiones las mujeres han sido capaces de construir redes de apoyo y solidaridad alrededor del dolor y la tristeza, como ha pasado en los casos de las Madres de Plaza de Mayo en Argentina o las Madres de los Héroes y Mártires de Nicaragua, esta última es una organización social sandinista compuesta por mujeres que han perdido hijas e hijos en la revolución (Bayard De Volo, 2006).

El dolor y la tristeza son politizadas por las mujeres activistas que aplican el lema: "Lo personal es político", a emociones con las que se nos educa a vivir y expresar exclusivamente en la esfera individual. Esta colectivización del dolor impide sucumbir a la experiencia de la desaparición de un ser querido, la cual nunca se supera, y evita el agotamiento de las buscadoras.

También hemos observado este proceso de politización del dolor y la tristeza en la nueva ola del movimiento feminista que ha caracterizado a América Latina, incluyendo México. El dolor y la tristeza por la violencia que sufren las mujeres se expresan y reivindican de forma pública, y han sido el centro de performances, canciones, etcétera, en los grupos de base que hemos podido observar. El dolor, en particular, es una emoción que ha permitido ampliar el "círculo del nosotros" (Gravante, 2020) a otras mujeres víctimas de feminicidios, sin que éstas sean parte del colectivo o sólo sean conocidas, y que se puede ver reflejado en el lema: "Si tocan a una, nos tocan a todas". El dolor por cada mujer abusada, violada, asesinada o desaparecida es politizado y se convierte en una emoción que fortalece y amplía la identidad colectiva (Taylor y Whittier, 1992; Whittier, 2021), pero también radicaliza el compromiso en las activistas convirtiéndolo en una verdadera obligación moral (Zamudio, 2023), justificando su propia participación de: "Por todas las que ya no están". Este tipo de estrategia evita el agotamiento de las activistas, ya que la politización del dolor aligera el desgaste de convivir con el dolor de manera individual y evoca la esperanza de que otras mujeres estarán protestando si no estás, idea que se resume en el lema: "Si mañana me toca a mí, quiero ser la última".

Por último, queremos destacar que el dolor y la tristeza también están presentes en otras formas de activismo, aunque el objeto al cual se dirige la emoción no sea un ser humano. En nuestras investigaciones sobre el activismo socioambiental hemos podido constatar cómo activistas de ambos géneros expresan dolor y tristeza por los otros seres vivientes, como árboles y animales que sufren las consecuencias de la degradación ambiental o de la crisis climática, así como expresan dolor y tristeza por el territorio y sus recursos saqueados y contaminados. En este contexto se han desarrollado conceptos como *solastalgia* (Albrecht, 2019) o *dolor climático* (Running, 2007), que, aunque sean emociones que no responden a patrones de género en las encuestas y entrevistas que hemos realizado, comprobamos que en las activistas o defensoras del medio ambiente expresan públicamente de manera más común este dolor, y admiten, incluso, llorar o haber llorado en público al ver la imagen de un oso polar a la deriva o de un bosque en llamas. Los hombres tienden a expresar más

rabia en respuesta al dolor que sienten o hacerlo en un círculo cerrado, entre activistas, pero no públicamente. Esto se comprende si pensamos que mientras el dolor por la desaparición o el duelo por la muerte de un ser querido son emociones cuya expresión no es sancionada en los hombres, la relacionada hacia otras especies es en México todavía menospreciada y ridiculizada. Vemos así que la misma emoción puede ser legitimada o sancionada según hacia quién esté dirigida.

Compartir el dolor es una estrategia diseminada en México para ampliar el círculo del nosotros y construir la identidad, en palabras de Gould (2009, p. 50): "[de una] comunidad bajo ataque", tanto así que el movimiento zapatista en 2014 lanzó un mensaje al movimiento en solidaridad con las víctimas y desaparecidos de Ayotzinapa, que era: "Tu dolor es nuestro dolor. Tu rabia es nuestra rabia" (Gravante y Poma, 2019; Gravante, 2020). A continuación, abordaremos la discusión alrededor de la rabia moral en las activistas en México.

"Defender la alegría, organizar la rabia"

La rabia, la indignación y el ultraje han sido identificadas como las emociones morales más comunes en el proceso de movilización (Jasper, 2018).

Es importante distinguir entre rabia reflejo y moral, porque la primera ha sido empleada como la emoción que caracterizaba la protesta en las teorías clásicas sobre el comportamiento de las masas; sin embargo, existe una forma más compleja de rabia, estrechamente vinculada a los procesos cognitivos que determinan —en función de nuestros valores— lo que es justo y lo que no. Esta rabia que Jasper (2018) definió moral, es la que los zapatistas en México han llamado la "digna rabia".

Si para los activistas hombres la manifestación de estas emociones resulta socialmente aceptada (véase tabla 1); para las mujeres, la expresión de éstas conlleva a un proceso de empoderamiento (Poma y Gravante, 2016c), ya que para sentirlas y, sobre todo, expresarlas públicamente tienen que desafiar las reglas del sentir dominante y enfrentar las sanciones. De hecho, en las marchas del 8 de marzo (8M) de los últimos años, en varias ciudades de México en las que hubo pintadas en monumentos y actos considerados *vandálicos* por la prensa, el movimiento contestó con lemas

como: "Ningún monumento vale más que la vida de una mujer". Para las activistas, la indignación que expresan autoridades y ciudadanos frente a sus acciones no es legítima, considerando que estos mismos actores no se indignan por el asesinato de once mujeres al día en el país. Una parte del movimiento considera la expresión de la rabia (moral) por la violencia contra las mujeres como una manifestación de apoyo contra la resignación y la normalización de la violencia estructural, tanto que en las marchas se pueden observar carteles con consignas como: "Si mañana soy yo, si mañana no vuelvo, destrúyelo todo".

La rabia es una emoción movilizadora y capaz de generar alta energía, sobre todo en las manifestaciones públicas; es resultado de un manejo emocional de otras sensaciones incómodas, como el miedo, la vergüenza o el dolor (Gould, 2009); no obstante, también es manejada, sobre todo, cuando su expresión puede perjudicar la lucha o generar represión. Es el caso, por ejemplo, de las mujeres de un grupo ecologista que defiende un bosque en Guadalajara, quienes narraron cómo tuvieron que suprimir su rabia frente a la tala de una parte del bosque por parte de una empresa constructora para evitar la represión y estigmatización del grupo con la consecuencia de perder el apoyo vecinal (Poma y Gravante, 2018). La supresión de la rabia es desgastante, genera frustración e impotencia, y las activistas la sobrellevan buscando desahogarse en un ambiente seguro, por ejemplo, llorando o gritando cuando no están frente a sus enemigos.

Las activistas aprenden así a *sacar la rabia* para enfrentar el miedo o para evitar que el dolor las paralice, a suprimirla cuando puede perjudicar su lucha o al colectivo, a compartirla para fortalecer la identidad colectiva y el empoderamiento, y a equilibrarla para evitar el agotamiento, organizando prácticas que generan unión y alegría, como comidas colectivas, fiestas, bailes o de forma más reflexiva con grupos de discusión, en los cuales cada una expresa sus emociones (Poma y Gravante, 2018).

La satisfacción, la alegría o la felicidad son centrales para sobrellevar el miedo, el dolor y la rabia, presentados en este análisis. Hemos observado en muchos grupos que las mujeres activistas son las principales promotoras de actividades como el canto, el baile y otras formas de disfrute colectivo que ayudan a sobrellevar el peso de las luchas, sobre todo, cuando son lar-

gas y dolorosas (Larios, 2021, 2023). A veces, en los colectivos mixtos, las activistas crean espacios de confianza para compartir lo que sienten o están viviendo entre mujeres, y para enfrentar posibles acosos o comportamientos machistas por parte de los compañeros de lucha.

Las actividades que evocan estas emociones también contribuyen a fortalecer otras recíprocas entre activistas, lo cual a su vez tiene un efecto de ampliación del compromiso. Reivindicar la alegría se ha convertido así en una forma de resistencia frente a un sistema que genera dolor y miedo.

Conclusiones

A lo largo del artículo hemos visto cómo las mujeres activistas mexicanas construyen sus emociones a partir del contexto sociocultural. Se puede apreciar que respecto de los movimientos feministas del norte global existen patrones comunes, como la rabia o el miedo moral; sin embargo, la violencia estructural y cultural que caracteriza al contexto mexicano hace que la construcción y la intensidad de estas emociones sean diferentes.

En los grupos investigados hemos observado que las activistas, al cuestionar el sistema patriarcal y machista mexicano, también lo hacen a su cultura dominante, y como destaca Hochschild: "Un cambio en la estructura social requiere un cambio en la cultura emocional" (Hochschild, 1996, p. 20).

La nueva ola de activismo feminista es la que más está desafiando la cultura emocional dominante, convirtiendo compromisos afectivos como la sororidad, la compasión o la confianza en herramientas de lucha (Guenther, 2009). Esta nueva cultura emocional que emerge de las prácticas de las activistas no se limita a legitimar la expresión de la rabia u otras emociones sancionadas en las mujeres, sino que aspira a construir una sociedad donde la solidaridad, el apoyo mutuo, la sororidad y el respeto sean las bases de nuevas relaciones sociales, libres de cualquier forma de violencia.

A esto se añade que las nuevas generaciones están poniendo en discusión los roles de género, ampliando sus grupos a mujeres transgénero y, obviamente, enfrentándose también al conservadurismo de una parte del movimiento feminista mexicano. Las nuevas generaciones de activistas

también están poniendo en discusión su relación con la naturaleza y los animales no humanos, ampliando las emociones dirigidas a otras mujeres, como el amor, la compasión y el respeto hacia todos los seres vivientes.

La emergencia de una nueva cultura emocional entre las activistas se refleja en el cuestionamiento de aspectos de la vida que, hasta ahora, han sido considerados intocables por la sociedad mexicana, como la maternidad —desde la crianza feminista hasta el derecho al aborto y la no maternidad—, las aspiraciones laborales, la heterosexualidad, la monogamia, la salud mental y el especismo. Es interesante, por ejemplo, ver cómo estos temas se cruzan de manera interseccional en movimientos sociales como el climático (Gravante y Poma, 2020; Poma y Gravante, 2021).

Analizar el activismo de las mujeres en México nos permite ver cómo se pone en discusión y se desafía la cultura emocional hegemónica. Aunque sea muy pronto para comprender qué tipos de impactos culturales se pueden generar a mediano y largo plazos, lo que ya se puede conocer son los impactos biográficos en las mujeres activistas y, en general, en las generaciones más jóvenes, así como un cambio en la cultura política de estos grupos que, a diferencia de los movimientos sociales que los precedieron, están poniendo la esfera emocional al centro de la arena de la lucha política.

Referencias

Albrecht, G. (2019). Earth Emotions: New Words for a New World. Ithaca, Cornell University Press.

Arteaga, N. (2010). *"Por eso la maté". Una aproximación sociocultural a la violencia contra las mujeres.* Miguel Porrúa Editor.

Bayard De Volo, L. (2006). The Dynamics of Emotion and Activism: Grief, Gender, and Collective Identity en Revolutionary Nicaragua. *Mobilization,* 11(4), 461-474. DOI: https://doi.org/10.17813/maiq.11.4.q21r3432561l21t7

Feldman, L. (2017). *How emotions are made: The Secret Life of the Brain*. Houghton Mifflin Harcourt.

Flam, H. (1998). *Mosaic of fear: Poland and East Germany before 1989*. Columbia University Press.

Flam, H. (2005). "Emotion's map: a research agenda". En H. Flam & D. King (Ed.), *Emotions and social movement* (pp. 19-40). Routledge.

Gamson, W. (1992). *Talking Politics*. Cambridge University Press.

González, A.M. (2012). Emotional Culture and the Role of Emotions in Cultural Analysis. En A. M. González (Ed.), *The Emotions and Cultural Analysis* (pp. 1–18). Routledge.

Goodwin, J. y Pfaff, S. (2001). Emotion work in high-risk social movements: managing fear in the U.S. and East German civil rights movements. En J. Goodwin, J. M. Jasper y F. Polletta (Ed.), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements* (pp. 282-302). University of Chicago Press.

Gordon, S. L. (1990). Social Structural Effects on Emotions. En Kemper T.D. (Ed.), *Research Agendas in the Sociology of Emotions* (pp. 180-203). SUNY Press.

Gould, D. (2009). *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*. University of Chicago Press.

Gravante, T. (2018). Desaparición forzada y trauma cultural en México: el movimiento de Ayotzinapa. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, 77, 13-28. DOI: https://doi.org/10.29101/crcs.v25i77.9728

Gravante, T. (2020). Forced Disappearance as a Collective Cultural Trauma in the Ayotzinapa Movement. *Latin American Perspectives*, 47(6), 87-102. DOI: https://doi.org/10.1177/0094582X20951773

Gravante, T. y Poma, A. (2015). Autogestión y lucha por la defensa del territorio. Un análisis de la experiencia de tres colectivos en la Zona Metropolitana de Guadalajara incorporando la dimensión emocional. *WATERLAT-GOBACIT Network Working Papers,* 2, (18), 19-38. Waterat Globacit.

Gravante, T. y Poma, A. (2016). Incorporando la dimensión emocional para comprender la protesta. Un análisis de la participación en la marcha en solidaridad con Ayotzinapa del 26 de septiembre de 2015. *Revista electrónica de psicología Iztacala*, 19(3), 1065-1089.

Gravante, T. y Poma, A. (2017). Protest, emotion and change: an analysis of two women's collectives fighting against machismo in Oaxaca, Mexico. *Interface*, 9(1), 204 – 229.

Gravante, T. y Poma, A. (2018). Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política. *Estudio Sociológico*, 36(108), 593-616. DOI: https://doi.org/10.24201/es.2018v36n108.1612

Gravante, T. y Poma, A. (2019). Emociones, trauma cultural y movilización social: el movimiento por las víctimas de Ayotzinapa en México. *Perfiles Latinoamericanos*, 27(53), 1-23. DOI: https://doi.org/10.18504/pl2753-007-2019

Gravante, T. y Poma, A. (2020). El papel del activismo socioambiental de base en la nueva ola del movimiento climático (2018-2020). *Agua y Territorio*, 16, 11-22. DOI: https://doi.org/10.17561/at.16.5109

Gravante, T. y Poma, A. (2023). The Role of Emotions in Grassroots Activism in Mexico City. En O'Dwyer, E., y Gustavo Silva Souza, L. (Ed.), *Psychosocial Perspectives on Community Responses to Covid-19: Networks of Trust and Social Change* (pp. 15-26). Routledge. DOI: https://doi.org/10.4324/9781003301905-3

Groves, J. (1997). *Hearts and Minds: The Controversy over Laboratory Animals*. Temple University Press.

Guenther, K. M. (2009). The Impact of Emotional Opportunities on the Emotion Cultures of Feminist Organizations. *Gender y Society*, 23(3), 337–362. DOI: https://doi.org/10.1177/0891243209335412

Hochschild, A. (1975). The sociology of feeling and emotion: selected possibilities. En M. Millman & K. Moss (Ed.), *Another voice* (pp. 280-307). Anchor.

Hochschild, A. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology,* (85), 551-575. DOI: http://dx.doi.org/10.1086/227049

Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart: the Commercialization of Human Feeling*. University of California Press.

Hochschild, A. (1996). Emotional geography versus social policy: The case of family-friendly reforms in the workplace. En Morris, L. y Stina Lyon, E. (Ed.), *Gender relations in public and private: New research perspectives* (pp. 13-36). Macmillan Press.

Ilouz, E. (2012). *Why Love Hurts: A Sociological Explanation*. Polity Press.

Incháustegui, T. (2014). Sociología y política del feminicidio; algunas claves interpretativas a partir de caso mexicano. *Sociedade e Estado*, 29(2), 373-400. DOI: https://doi.org/10.1590/S0102-69922014000200004

Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia IMDHD (2022). *Diagnóstico de mujeres desaparecidas.* IMDHD.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI (2020). Violencia contra las mujeres en México. Access from: https://www.inegi.org.mx/tablerosestadisticos/vcmm/

Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI (2021). *Panorama nacional sobre la situación de la violencia contra las mujeres*. INEGI.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI (2022). Encuesta Nacional para el Sistema de Cuidados 2022. INEGI.

Jasper, J. M. (1997). *The Art Moral of Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. University of Chicago Press.

Jasper, J. M. (1998). The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and Around Social Movements. *Sociological Forum*, 13(3), 397-421. DOI: https://doi.org/10.1023/A:1022175308081

Jasper, J. M. (2006). *Getting Your Way*. University of Chicago Press.

Jasper, J. M. (2011). Emotions and social movements: twenty years of theory and research. *Annual Review of Sociology*, (37), 285-303. DOI: http://dx.doi.org/10.1146/annurev-soc-081309-150015

Jasper, J. M. (2018). *The Emotions of Protest*. University of Chicago Press.

Krauss, C. (1993). Women and Toxic Waste Protests: Race, Class and Gender as Resources of Resistance. *Qualitative Sociology*, 16 (3), 247-262. DOI: https://doi.org/10.1007/BF00990101

Larios, S. (2021). *Sentir y Luchar juntas. Análisis de la dimensión emocional de tres organizaciones feministas y antipatriarcales en Guadalajara*. PhD Tesis, Universidad de Guadalajara, México.

Larios, S. (2023). Emociones recíprocas y compartidas en el activismo feminista. En Gravante, T. and Poma, A. (Ed.), *Emociones y Activismos de base*. CEIICH-UNAM.

Martínez, F., y Díaz del Ángel, E. (2021). México: el reto de ser mujer dentro de una estructura patriarcal. *Asparkía. Investigación Feminista*, (38), 41–58. DOI: https://doi.org/10.6035/Asparkia.2021.38.3

Muñoz-Saavedra, J. (2019). Una Nueva Ola de Feminista. Más Allá de #MeToo. Irrupción, Legado y Desafíos. En P. Rivera-Vargas, J. Muñoz-Saavedra, R. Morales Olivares, y S. Butendieck-Hijerra (Ed.). *Políticas Públicas para la Equidad*, vol. II (pp. 177-188). Colección Políticas Públicas.

Poma, A. (2017). *Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en luchas contra represas en España y México*. EDUEPB/Red WATERLAT-GOBACIT.

Poma, A. (2019). Impacto y manejo emocional en las luchas contra represas. *Revista Estudios Avanzados,* 31, 4-20. DOI: https://doi.org/10.35588/idea.v0i31.4272 ISSN 0718-5014

Poma, A. y Gravante, T. (2015). Analyzing resistances from below. A proposal of analysis based on three experiences of struggles against dams in Spain and México. *Capitalism Nature Socialism*, 26(1), 59-76. DOI: https://doi.org/10.1080/10455752.2014.995688

Poma, A. y Gravante, T. (2016a). This Struggle Bound Us. "An Analysis of the Emotional Dimension of Protest Based on the Study of Four Grassroots Resistances in Spain and Mexico". *Qualitative Sociology Review*, 12(1), 142-161.

Poma, A. y Gravante, T. (2016b). Environmental self-organized activism: emotion, organization and collective identity in Mexico. *International Journal of Sociology and Social Policy*, 36, (9/10), 647-661. DOI: http://dx.doi.org/10.1108/IJSSP-11-2015-0128

Poma, A. y Gravante, T. (2016c). Las luchas por la defensa del territorio como experiencias emancipadoras. Un análisis de la resistencia contra la presa de San Nicolás, Jalisco México. *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 3(52), 112-127.

Poma, A. y Gravante, T. (2017a). Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances. *Aposta*, 74, 32-62.

Poma, A. y Gravante, T. (2017b). Emotions and Empowerment in Collective Action: The Experience of a Women's Collective in Oaxaca, Mexico, 2006–2017. *Emotions: History, Culture, Society*, 1(2), 59–79. DOI: https://doi.org/10.1163/2208522X-00102005

Poma, A. y Gravante, T. (2017c). Emotions in Inter-Action in Environmental Resistances. The Case of Comité Salvabosque in Mexico. *PArtecipacione e COnflitto. The Open Journal of Sociopolitical Studies,* 10(3), 896-925. DOI: https://doi.org/10.1285/i20356609v10i3p896

Poma, A. y Gravante, T. (2018). Emociones, identidad colectiva y estrategias en los conflictos socioambientales. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 15(36), 287-309. 10.29092/uacm.v15i36.611

Poma, A. y Gravante, T. (2019). "Nunca seremos las mismas de antes". Emociones y empoderamiento colectivo en los movimientos sociales: el Colectivo Mujer Nueva (Oaxaca, México). *Desafíos,* 31(2), 231-265. DOI: http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.7308

Poma, A. y Gravante, T. (2021). Entre frustración y esperanza: emociones en el activismo climático en México. *Ciencia Política*, 16(31), 117-156. DOI: https://doi.org/10.15446/cp.v16n31.97635

Reger, J. (2004). Organizational 'Emotion Work' Through Consciousness-Raising: An Analysis of a Feminist Organization. *Qualitative Sociology* 27(2), 205-222. DOI: https://doi.org/10.1023/B:QUAS.0000020693.93609.6c

Reger, J. (2007). Where are the Leaders? Emotional Mobilization in the Contemporary Women's Movement. *American Behavioral Scientist*, 50, 1350-1369. DOI: https://doi.org/10.1177/000276420730015

Ramírez, J. C. (2005). *Madejas entreveradas. Violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. Plaza y Valdés.

Ramírez, J. C. (2020). *Hombres, masculinidades, emociones.* Universidad de Guadalajara/CONACYT.

Reger, J. (2018). The making of a March. En Reger, J. (Ed.). *Nevertheless. They Persisted Feminisms and Continued Resistance in the U.S. Women's Movement* (pp. 1-22). Routledge.

Rovira, G. (2018). El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas. *Teknokultura* 15(2), 223-240. DOI: https://doi.org/10.5209/TEKN.59367

Running, S. (2007). The 5 Stages of Climate Grief. *Numerical Terradynamic Simulation Group*, 173. Access from: https://scholarworks.umt.edu/ntsg_pubs/173

Summers-Effler, E. (2010). *Laughing Saints and Righteous Heroes. Emotional Rhythms in Social Movement Groups*. University of Chicago Press.

Taylor, V. (1989). Social Movement Continuity: The Women's Movement in Abeyance. *American Sociological Review*, 54(5), 761-775. DOI: https://doi.org/10.2307/2117752

Taylor, V. (1996). *Rock-a-by baby: feminism, self-help, and postpartum depression*. Routledge.

Taylor, V. (1999). Gender and social movements: gender processes in women's self-help movements. *Gender and Society.* 13(1), 8-33. DOI: http://dx.doi.org/10.1177/089124399013001002

Taylor, V. (2010). Culture, Identity, and Emotions: Studying Social Movements as if People Really Matter. *Mobilization*, 15(2), 113-134. DOI: https://doi.org/10.17813/maiq.15.2.a610145145k43057

Taylor, V. y Leitz, L. (2010). From Infanticide to Activism: Emotions and Identity in Self-Help Movements. En Banaszak-Holl, J., Levitsky, S. y Zald, M. (Ed.), *Social Movements and the Transformation of American Health Care* (pp. 266-284). Oxford University Press.

Taylor, V. y Rupp, L. (1993). Women's Culture and Lesbian Feminist Activism: A Reconsideration of Cultural Feminism. *Signs*, 19(1), 32-61.

Taylor, V. y Rupp, L. (2002). Loving Internationalism: The Emotion Culture of Transnational Women's Organizations, 1888-1945. *Mobilization*, 7(2), 125-144. DOI: https://doi.org/10.17813/maiq.7.2.fw3t5032xkq5l62h

Taylor, V. y Whittier, N. (1992). Collective Identity in Social Movement Communities: Lesbian Feminist Mobilization. En Morris, A. y McClurg Mueller, C. (Ed.), *Frontiers in Social Movement Theory* (pp. 104–129). Yale University Press.

Taylor, V. y Whittier, N. (1995). Analytical approaches to social movement culture: The culture of the women's movement. En Johnston, H. y Klandermans, B. (Ed.), *Social Movements and Culture* (pp. 163-187). University of Minnesota Press.

Ventura, M. (2022). Women's Movements Against VAW and Feminicide: How Community-Based Feminisms Build Worlds Otherwise from the Periphery of Mexico City. *Partecipazione e Conflitto*, 15(1), 240-256. DOI: https://doi.org/10.1285/i20356609v15i1p240

Whittier, N. (2001). Emotional strategies: the collective reconstruction and display of oppositional emotions in the movement against child sexual abuse. En Goodwin, J., Jasper, J. M. y F. Polletta (Ed.), *Passionate politics: emotions and social movements* (pp. 233-250). University of Chicago Press.

Whittier, N. (2021). How emotions shape feminist coalitions. *European Journal of Women's Studies*, 28(3), 369–386. DOI: https://doi.org/10.1177/13505068211029682

Zamudio, A. (2023). La obligación moral en el activismo en contra a la violencia hacia las mujeres. En Gravante, T. y Poma, A. (Ed.), *Emociones y Activismos de base*. CEIICH-UNAM.

Tommaso Gravante

Italiano. Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad "Pablo de Olavide" de Sevilla. Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Líneas de investigación: emociones y movimientos sociales.
Correo electrónico: gravante@ceiich.unam.mx

Alice Poma

Italiana. Doctora en Ciencias Sociales y Medio Ambiente por la Universidad "Pablo de Olavide" de Sevilla. Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Líneas de investigación: emociones y movimientos sociales.
Correo electrónico: apoma@sociales.unam.mx



Wendy López en Plaza Regina, Xalapa. Fotografía de Gina Collins y Luis Calavera López